

Inauguración Curso I.E.S Jaime Ferrán

Collado Villalba. 19 septiembre 2024

A Alfredo Sanzol le encantaba ir a los institutos a inaugurar cursos. No era algo que pudiera ir diciendo por ahí, porque no se trataba de una afición muy normal, pero para él era una de las cosas más satisfactorias que podía haber.

Se pasaba los días escribiendo discursos en los que hablaba de grandes temas para que las alumnas y los alumnos pudiesen encontrar motivos de inspiración, y tenía siempre el teléfono encima de la mesa por si le llamaban para inaugurar el curso de un instituto.

Por supuesto Alfredo Sanzol tenía un trabajo, una familia, amigos y conocidos. Dentro de lo que cabe era un tipo normal, si se puede decir que eso existe, al menos era una de esas personas a las que no les gusta llamar la atención, pero en realidad su afición era muy particular. Nadie conocía su deseo más oculto y al mismo tiempo más fuerte: “Por favor, que me llamen hoy de algún instituto.”

Los institutos de toda Europa sabían que Alfredo era muy bueno escribiendo discursos de inauguración de curso. Muchos recordaban el año en el que se explayó hablando de la importancia de la creatividad en los sistemas educativos. Una de sus reflexiones más llamativas fue la de que aprender es igual a imaginar, ya que para aprender una nueva habilidad hay que imaginar la posibilidad de que uno puede desarrollar esa habilidad. Como cuando uno tiene que imaginar que es un gran jugador o una gran jugadora de fútbol para poder jugar bien al fútbol. Imaginar que uno es una gran historiadora, ayuda a aprender a estudiar historia, o imaginar que uno habla muy bien inglés ayuda a aprender inglés.

Estas reflexiones hicieron que en algunos institutos se pensaran la posibilidad de hacer juegos en los que las alumnas y los alumnos imaginaban saber más de lo que sabían para impulsar el deseo de saber. Algo muy loco, pero que daba buenos resultados. Alfredo Sanzol se quedó muy contento con aquel discurso, y lo tenía entre sus favoritos.

En una ocasión lo llamaron de un instituto que se encontraba en un pueblo rodeado de montañas. Ahora no recuerdo si era en León, o en Grenoble, o en Transilvania, el asunto es que Alfredo llegó hasta el instituto en coche cuatro por cuatro porque el último tramo de carretera había que hacerlo por

una pista forestal. Era el único instituto de Europa con un acceso tan complicado. Nadie sabía cómo podía seguir abierto. Todo el mundo le estaba esperando con mucha alegría porque para entonces Alfredo ya era famoso por sus discursos de inicio de curso, y se decía que subían el ánimo y producían entusiasmo.

Alfredo se colocó en el lugar que le habían reservado para hablar, abrió su carpeta, y no nos podéis imaginar la cara que se le puso cuando vio que se había equivocado de discurso. Se había traído el que había escrito para un instituto de la Costa Adriática en el que hablaba de lo maravilloso que es vivir al lado del mar, de todo lo que tenemos que aprender de las civilizaciones que han crecido en las costas del Mediterráneo, de las maravillas de la vida subacuática, de todo lo que aportaba a la ciencia el conocimiento de los océanos.

Alfredo tragó saliva, y como no tenía otra cosa que leer prefirió leer lo que tenía a quedarse callado. Por momentos pensó que toda aquella gente se iba a echar a llorar por no vivir cerca del mar, o que iban a pensar que les estaba tomando el pelo por hablarles de algo que les quedaba tan lejos, pero se llevó una gran sorpresa por la atención que despertó. Resulta que les estaba hablando de cosas que no eran las suyas, pero como las había escrito para hablarle a personas que consideraban suyo el mar, se produjo un efecto extraño, y aquellas personas comenzaron a considerar el mar tan suyo como si viviesen en la costa. Fue una gran lección para Alfredo, que descubrió la gran capacidad de las personas para empatizar con aquello que se les presenta como cercano y propio, y también para alejarse de aquello que se les presenta como extraño e impropio.

Tampoco reveló a nadie que el discurso estaba escrito para otra gente, y como vio el buen resultado, decidió escribir para los del mar, un discurso en el que elogiaba la vida en las montañas, y para los de la ciudad, uno del campo y para los del campo uno de la ciudad. Acabó haciéndose un lío muy grande, y un día hizo su discurso en alemán para un instituto portugués, pero todo el mundo le aplaudió mucho. La mayoría de los estudiosos sospechan que se debió a lo importante que suena el alemán.

Después de haber creado toda esta confusión aparecieron unas cuantas voces críticas que comenzaron a meterse con los discursos de Alfredo. Decían que eran un lío, que no aportaban nada, y que sobre todo no eran serios. Estas críticas tocaron el corazón de Alfredo. No era inmune a los malos comentarios y sobre todo era muy crítico con su propia actuación. Sin embargo su afición era muy fuerte y dedicó un tiempo a la reflexión

para ver lo que realmente había hecho bien y lo que realmente prefería cambiar.

Se dio cuenta de que algunas críticas no tenían ningún interés, y sobre todo se dio cuenta de que se había equivocado al enfadarse con ellas. Una especie de hilo invisible se había creado entre él y los malos comentarios y eso le hacía perder energía.

También se fijó en que algunos de los comentarios tenían interés y que le revelaban algo, así que reflexionó sobre ellos. Eran comentarios que le hicieron mejorar. Los estudiosos escriben que Alfredo recordaba uno que decía: “Cuanto más complejo es lo que quieres expresar más sencillo tienes que ser. La claridad y la sencillez no son igual a la simplicidad”.

A partir de entonces comenzó a usar un estilo mucho más claro y sencillo porque sobre todo quería establecer una unión energética con aquellos que le escuchaban. Lo de la energía comenzó a preocuparle. De la misma manera que se dio cuenta de la energía que perdía con las personas que no querían su bien, también se dio cuenta de toda la energía que daba y recibía con aquellos que querían su bien.

Descubrió en la comunicación una fuente de vitalidad enorme. Descubrió que la vida está en el oxígeno, en la comida, pero también en las demás personas. Así que al pensar en un discurso pensaba en cómo podía dar algo de energía a los que le escucharan. Aquello fue una revolución. La gente recibía tanta energía que se cuentan historias de personas que llegaban a levitar, algunas no necesitaban comer en años, y otras dieron testimonio de haber levantado un camión con la fuerza recibida después de la inauguración de un curso.

Alfredo tuvo que ir rebajando la energía de sus discursos. Pensó que si era interesante dar energía, también lo era recibir la de la audiencia, pero para eso era necesario escuchar a los que le escuchaban. Algo que no había hecho hasta ahora. Pensaba que como el público está callado no hace falta escucharlo, pero vio que el público en su silencio habla a su manera. Habla de una manera invisible a través de la energía. Escuchar al público le abrió a un nuevo mundo. Al principio sólo notaba una especie de vibración muda, pero con la práctica comenzó a escuchar las voces de los que le escuchaban. Frases de asentimiento del tipo: “Me gusta mucho eso que acaba de decir” o frases de disgusto tipo: “Esto es un rollo”. Más tarde comenzó a escuchar pensamientos largos y elaborados que se mezclaban con lo que estaba diciendo y que convertían sus intervenciones en una especie de parlamentos simultáneos. Aunque tuvo que parar la intensidad

en sus prácticas de intercambio energético sí que se deleitó en compartir una charla con algunas personas después de su discurso. Hasta entonces no se había parado a hablar más que unos segundos, pero que vio que los que le escuchaban tenían teorías propias muy interesantes sobre temas que él había tocado.

Comenzó a hacer algo nuevo, imitar en sus siguientes discursos el estilo de la gente que le había escuchado en sus anteriores discursos. No se trataba de plagiarlos, eso no es creativo y aburre a cualquiera, lo que hacía era dejarse llevar por líneas de pensamiento nuevas, por estilos de hablar diferentes que él no había imaginado, era como meterse en un juego lleno de variantes y posibilidades en el que el ego se diluía dentro de una especie de pensamiento colectivo.

Fue una etapa que le enriqueció mucho hasta que un día se despertó y no sabía lo que él pensaba de las cosas. Se había dejado inspirar tanto por otros que sintió una especie de vacío en su mente y en su corazón. Se sintió ligero, pero no podía escribir más discursos, y lo más raro, no le apetecía escribirlos. Pensó que una etapa de su vida había acabado, pensó que su vida iba a dar un giro radical, pensó muchas cosas y sintió un poco de miedo. Sin embargo ese vértigo le llevó finalmente a un lugar de calma, se tuvo que rendir. Y cuando se rindió se volvió a escuchar de nuevo a sí mismo.

“Escucharse a uno mismo es una de las cosas más difíciles que hay”, pensó Alfredo Sanzol. Hay tantas voces que dicen lo que hay que hacer, hay tanta gente interesante a la que escuchar, hay tantas personas que son más listas que yo. Incluso hay unas cuantas que no son muy listas y que me dicen todo el rato lo que tengo que hacer, pero bueno sea lo que sea “aquí estoy yo”, se dijo. “Y tengo que aceptar que me encanta hacer discursos de inauguración de institutos”. A Sanzol le hacían sentir muy vivo. No creo que nadie lo hubiese considerado una salida profesional cuando tenía quince años, pero a él le encantaba.” Hacer lo que a uno le encanta es el primer paso para poder hacer algo que le sirva a los demás. Y si eres útil para los demás nunca te va a faltar trabajo”. Bueno, con estos pensamientos se puso Alfredo a preparar su nuevo discurso. Esta vez iba a visitar un instituto en Collado Villalba. Se llamaba Jaime Ferrán. Sacó su cuaderno y comenzó a escribir lo siguiente: “A Alfredo Sanzol le encantaba ir a los institutos a inaugurar cursos. No era algo que pudiera ir diciendo por ahí porque no se trataba de una afición muy normal, pero para él era una de las cosas más satisfactorias que podía haber.

Se pasaba los días escribiendo discursos en los que hablaba de grandes temas para que las alumnas y los alumnos pudiesen...bueno, y ya sabéis como sigue.

Muchas gracias, ha sido un placer escribir este texto para vosotras y vosotros, os deseo un feliz curso, y estoy seguro de que la alegría de aprender os va acompañar.